

GEOGRAFIA SENTIMENTAL.

De nuestra historia personal - la que más nos importa, después de todo- solemos recordar aquéllos momentos en que los hechos y experiencias vividos tenían una especial intensidad.

Estos recuerdos, que han quedado grabados con mayor relieve en el archivo de la memoria, están con frecuencia asociados a algo físico, cuya vista o percepción dispara el mecanismo que nos los reproduce.

Hay, pues, para cada persona, cuando es un lugar o un rincón los que suscitan el recuerdo, una especie de geografía sentimental : aquel recodo discreto del parque en el que, apresurados y nerviosos, robamos el primer beso a la novia adolescente; el escondido callejón donde aguardamos inutilmente a alguien que nunca llegó; la humilde capilla en la que, arrodillados ante un viejo crucifijo apenas iluminado por una lamparilla de aceite, derramamos las amargas lágrimas de un desengaño o las provocadas por el dolor de una herida... Lugares que nos rememoran instantes felices o tristes en los que vivir fué algo emocionante y delicioso o, contrariamente, episodios que deseamos olvidar.

Quizá como una especie de autodefensa, ocurre que tenemos tendencia a que todo lo desagradable que nos acontece se borre de nuestra memoria y perviva, en cambio, cuanto contribuyó a nuestra felicidad, por muy fugaz que fuera. Así, en nuestra mente, están siempre frescos y nítidos los recuerdos de sucesos felices, pese a su lejanía temporal; puede afirmarse, incluso, por extraña paradoja del ser humano, que cuanto más avanzamos en edad más volvemos la vista hacia ese que fuimos cuando la existencia en que ahora estamos, (y que no nos agrada), se nos aparecía como un proyecto sugerente y atractivo.

Sin duda por esta contradicción, en los momentos de desánimo, en esas tan numerosas ocasiones en que so-

mos heridos y quisiéramos apartarnos o huir de un mundo que se nos muestra agresivo, cruel o estúpido, volvemos hacia esos sitios escondidos de nuestra íntima geografía. Y al pasear por el desierto parque, por la apartada callejuela o al inclinarnos de nuevo ante aquel crucifijo en penumbras de la deteriorada capilla, no podemos evitar la melancolía, una dulce tristeza, unas acongojadas lágrimas que afloran furtivas en nuestros ojos cansados y tristes... ¿ Donde está aquél que fuimos, - lleno de ilusiones, plétórico de vitalidad, cargado de bondad y amor ? ¿ A dónde fué aquél que pensaba con joven locura, como D. Quijote, luchar por mundo mejor, y componer la más bella sinfonía, y escribir el más maravilloso libro, y pintar el cuadro más hermoso ?...

La limpia y transparente agua de la fuenteci-  
lla del parque, al acercarnos, nos ofrece en el temblo-  
roso espejo de sus aguas, la imagen arrugada, dura y -  
cansada de un ser desconocido, prototipo de lo vulgar. Y  
nuestras manos, de forma instintiva, agitan violentamen-  
te la líquida superficie para romper aquel rostro, resul-  
tado de tantas cobardías y de tantos ensueños é ilusio-  
nes frustrados...